

VI.

Triunfo de los enemigos de Colon.—Enviase un nuevo comisario á las Indias occidentales.—Francisco de Bobadilla en Santo Domingo.—Colon es prisionero y conducido á bordo de un navío.—Sentencia de muerte pronunciada contra los tres hermanos.—Colon conserva sus grillos aunque el capitan de la nave se ofrece á quitárselos.—Su respuesta al capitan.—Indignacion general en España contra Bobadilla.—Colon y sus hermanos son puestos en libertad por orden del rey.—Presentase á Fernando é Isabel.—Destitucion de Bobadilla.—Ovando es nombrado gobernador de las Indias occidentales.—Abolicion de la esclavitud.—Nuevo viaje de Colon.—Las primeras almendras de cacao.—La costa de las Orejas.—El cabo de Gracias á Dios.—El secretario tenido por hechicero.—Tortuga viva en el cuerpo de un tiburón.—Las casas en el aire.—Minas de oro de Veragua.—Pesca de las sardinias.—El cacique Quibio, su cautiverio y huida.—Hostilidades.—Resolucion de Mendez y de Fieski.

COLON habia logrado con su moderacion y sabia conducta apaciguar la rebelion de la isla Española; pero la tranquilidad tan dificilmente restablecida,

veíase amenazada á cada instante por el descontento de algunos ambiciosos y por sus sordas murmuraciones, síntoma de nuevos desórdenes. Roldan, cuya sumision era aparente se hallaba siempre á la cabeza de los discolos, y fiel á su odio y á su sistema de calumnia contra el almirante, empleaba todos los medios conducentes á presentarle como sospechoso y aun hacerle aborrecible á la corte de España. Su indulgencia, que se interpretaba como debilidad, habia comprometido su autoridad en la isla, donde no era respetada ni obedecida. Viéndose precisado á reprimir frecuentes insurrecciones, no tenia tiempo para dirigir á la corte de España memorias justificativas de su conducta, ni para continuar la ejecucion de sus proyectos de nuevos descubrimientos.

Entre tanto que agotaba sus fuerzas por sostener el orden en la colonia, estableciendo una administracion regular, y mientras explotaba minas que prometian ricos productos á la codicia de sus compañeros, sobre todo á las exigencias de la corte de España, sus enemigos cada vez mas encarnizados, obtenian al fin un triunfo completo y Colon iba á ser víctima de las mas odiosas maquinaciones y la mas negra ingratitud.

Muchos españoles habian acudido al nuevo mundo, creyendo encontrar tesoros y no habian traído á su patria mas que desesperacion. Engañados en sus esperanzas, acusaban á Colon como causa de sus males, difundiendo por toda España sus denuestos é

investivas contra él. Cubiertos de andrajos, pálidos y mostrando en sus rostros enflaquecidos por las privaciones, las señales de sus largos padecimientos, provocaban y escitaban en su favor la caridad pública, enterneciendo á la multitud, siempre dispuesta á creer sus palabras. Cuando los reyes se presentaban en público, se veían rodeados por estos infelices, que ostentando á su vista el espectáculo de miseria, imploraban la justicia de Fernando y de Isabel contra el único autor de su infortunio, contra Colon.

Estas escenas teatrales, cuyo efecto era seguro, habian sido dispuestas y combinadas por los enemigos mas poderosos del almirante. No debe, pues, causar admiracion el que Fernando, naturalmente suspicaz y desconfiado, creyese á Colon culpable, y que la reina Isabel le retirase su marcada proteccion. Nadie se presentó á defenderle y fué condeñado sin oír sus descargos.

Decidióse que pasara á las Indias occidentales un comisario encargado de averiguar cuidadosamente la conducta del almirante, y con el desmesurado poder de destituirle, si juzgaba esta conducta reprehensible, debiendo en este caso reemplazarle en el gobierno de la isla Española. El hombre á quien Fernando confió esta mision, le habia sido eficazmente recomendado por los enemigos del almirante y se llamaba Francisco de Bobadilla. Muy difícil era que la inocencia de Colon no sucumbiese á impulsos de una trama tan bien urdida.

En el momento en que este comisario español, el mas terrible de cuantos enemigos habia encontrado el almirante en su gloriosa carrera, llegó á la Española, Colon habia, como ya queda dicho, pacificado la isla. Las minas se utilizaban por sus desvelos, y el fomento que habia dado á la agricultura correspondia á sus esfuerzos con productos que prometian á la colonia un nuevo manantial de riquezas. Nunca la situacion de la isla habia sido tan favorable para su justificacion; pero su condena estaba resuelta y nada podia apartar de su cabeza el golpe que le amenazaba.

La ejecucion de algunas providencias tenia ocupado á Colon en parajes distantes de la isla: parece que la justicia y la equidad imponian á su juez la obligacion de esperar el regreso del almirante, antes de entablar contra él un odioso procedimiento; pero qué importaban la justicia y la equidad á un hombre como Bobadilla? ¿qué consideraciones podian detenerle? Ambicionaba el puesto de Colon, y para conseguirle, claro está que habia de condenar al que le ocupaba: no habia venido él á la colonia para escuchar una justificacion que podia desbaratar los cálculos de su odio y su ambicion.

Apenas puso los piés en la isla, se hizo conducir á la casa del almirante; se instaló en ella, declarando que desde aquel instante le pertenecia, y se apoderó de cuanto en ella encontró. Despues anunció públicamente que habia sido enviado á la colonia para destruir al gobernador, é invitó á todos los

que tuvieren quejas de él, para que se presentasen ante el comisario del monarca á obtener buena y pronta justicia. Por último, soltó á todos los que estaban presos por orden del gobernador.

Bien pronto, por un refinamiento de esta infame conducta, Bobadilla citó á Colon por medio de un alguacil, para que compareciese inmediatamente en su tribunal á dar cuenta de su conducta; enviábale al mismo tiempo una carta del rey en la que le ordenaba someterse á las disposiciones del enviado extraordinario.

Colon se hallaba rodeado de una tropa leal y tenia consigo á su hermano Bartolomé: podia contar con muchos y poderosos auxiliares para responder victoriosamente con espada en mano á la insolente intimacion de su juez; pero le ataba las manos el juramento de obediencia que habia prestado á sus reyes, del que no se creia dispensado, ni aun entonces que autorizaban la mas odiosa iniquidad y le entregaban á merced de un Bobadilla. Obedeció por tanto, presentándose sin titubear en Santo Domingo, y resignado á la suerte que le espera, sufrirá la sentencia que pronuncien.

Llega, pide presentarse á Bobadilla; pero éste no quiere verle ni escucharle. "Que le pongan unos grillos, esclama, y le lleven á una prision." Esta órden bárbara es ejecutada, y Colon aherrojado es conducido á bordo de un navío.

¿Cómo no enternecerse é indignarse á la vez á vista de una escena semejante, al aspecto de un

grande hombre, de Colon, tratado como un vil criminal? Sobre la misma tierra que él ha descubierto, al frente de su propia casa, á vista de gentes que le deben respeto y obediencia como á un superior, es donde sufre estas humillaciones, y el hombre infame que despues de haberle arrebatado sus bienes pretende quitarle tambien el honor, le arroja de su casa sin dignarse siquiera concederle una triste mirada: le hace cargar de cadenas, á pesar de su conciencia, y despidе vergonzosamente del país que ha dado á la España, con peligro de su vida, y dando á su rey mil pruebas de lealtad, valor y desinterés! ¡Mas cuánto resplandece su inocencia, en la serenidad heróica, en la resignacion con que acepta su desgracia y sufre los ultrajes de que le colman! Se deja encadenar sin resistencia, sigue, sin despegar sus labios y sin manifestar estrañeza, á los soldados que le conducen al buque donde ha de volver á España, expuesto en todas partes á la insultante mofa de los cómplices de Bobadilla!

No estaba aun satisfecho el furor de este hombre; necesitaba, reclamaba otras dos víctimas: los dos hermanos de Colon fueron tambien cargados de cadenas y conducidos á un navío particular. Fórmasе causa á los tres hermanos y Bobadilla los sentencia á muerte, sin seguir los trámites de justicia; pero retrocede y se estremece ante la ejecucion de tan horrible sentencia: figúrasele que algun dia podrán pedirle cuenta de aquella sangre tan noble y tan pura que ansia verter sobre un cadalso. Confia sin

embargo en que su pariente el obispo de Badajoz, enemigo declarado de Colon, consentirá el que se ejecute la sentencia, y un navío va á trasportar los prisioneros á España con el proceso en que el juez habia violado tan descaradamente todas las leyes y todos los principios de justicia y humanidad.

Apenas se hicieron á la vela los navíos en que iban Colon y sus hermanos, el capitán lleno de respeto y compasión á su ilustre preso, se llegó á él para quitarle los grillos. "Vuestro preso, dijo el almirante, debe seguir conforme se os ha confiado: estos grillos que quereis quitarme, los llevo puestos de orden de mis soberanos; solo ellos tienen poder de mandármelos quitar, y yo me quedo con ellos para probarles mi completa obediencia." Siguió, pues, con los grillos hasta llegar á España.

Bobadilla queriendo quitar á los presos todos los medios de acudir ó apelar á la justicia de la reina Isabel, habia prevenido que fuesen entregados al obispo de Badajoz; pero un piloto llamado Martín, compadecido de las desgracias del almirante, pudo desde el navío partir á la capital, y entregar á la reina una carta de Colon, en que la informaba de cuanto habia sucedido en la isla Española, y del modo que tenían de abusar de su nombre y de la autoridad confiada á un malvado. (1)

(1) *Alonso de Vallejo y Andrés Martín fueron los capitanes de las dos naves en que venian embarcados Colon y sus hermanos, los que se ofrecieron á quitarles los*

Al saber que Colon habia llegado á España, al leer los pormenores del horrible trato que le habian hecho sufrir, la reina Isabel fué dolorosamente sorprendida, porque en la corte estaban muy distantes de suponer que Bobadilla pudiera abandonarse á tales excesos. Estas violencias con un hombre de mérito superior, y que habia tan bien merecido de la monarquía española, fueron altamente vituperadas por Fernando y su esposa, quienes precaviendo el escándalo que este suceso habia de causar en Europa, enviaron al instante un correo con orden de que en el acto se pusiése en libertad á Colon y á sus hermanos. Despues el almirante fué llamado á la corte por medio de una afectuosa invitacion de la reina, y se le entregó el dinero necesario para que pudiera presentarse con el decoro suficiente y conforme á su rango.

Apenas entró en la sala donde el rey y la reina le esperaban, se arrojó á sus piés; su emocion era tan fuerte y tan profunda que no pudo hablar, pues le habia privado en cierto modo del uso de la palabra. En fin, repuesto de su turbacion y seguro de su inocencia, pronunció con voz firme un largo discurso, justificándose de las calumnias de que era víctima. Sus palabras convencieron á Fernando é Isa

grillos, y los que apenas llegaron á España, dispusieron enviar á la corte persona de toda su confianza para entregar las cartas de Colon antes de que llegasen las de Bobadilla. (Nota del traductor.)

bel de que les habian engañado indignamente acerca de la conducta de Colon. Manifestaron sinceramente su pesadumbre al almirante, le hicieron nuevas protestas de su gratitud, y para probarle lo dispuestos que estaban á reparar los perjuicios de que podia quejarse, destituyeron á Bobadilla.

A pesar de todo, su sagaz política les hizo temer el resentimiento de un hombre cuyo mérito habian desconocido y cuyos eminentes servicios habia tan mal recompensado, y creyeron que seria peligroso conservarle en el desempeño de unas funciones que le proporcionaban tan fácil venganza. En consecuencia, el almirante fué retenido en la corte bajo pretestos imaginados para lisonjear su amor propio, pero que no le engañaban, y don Nicolás de Ovando fué nombrado gobernador de las Indias occidentales.

En vano Colon hizo valer los solemnes tratados que le garantizaban este gobierno durante su vida y se le aseguraban perpetuamente á su familia; en vano reclamó contra la nueva y patente injusticia, que le destituia de su empleo, como un administrador culpable, despues que el gobierno habia reconocido y proclamado su inocencia: estas quejas no fueron escuchadas, y Ovando siguió con el gobierno de las Indias occidentales.

Resentido de la desleal conducta del gobierno español, Colon no fué dueño de contener ya su indignacion, manifestándola en sus amargas quejas y reconvencciones contra la corte de España. Desde

entonces llevó siempre consigo los grillos con que le habian aprisionado, los enseñaba en todas partes como un testimonio de la ingratitud con que habian pagado sus servicios, los tenia siempre á la vista, y aun mandó que despues de su muerte los enterrasen con él.

Mientras que el almirante, sacrificado á una política ingrata y suspicaz, se desahogaba en inútiles quejas, Ovando se disponia para ir á ocupar el importante puesto á que el rey le habia elevado. La flota puesta á sus órdenes, era la mas considerable de cuantas el gobierno español habia enviado hasta entonces á las Indias occidentales. Constaba de treinta y dos velas, y tenia á bordo dos mil quinientos hombres, cuya mayor parte iba á establecerse en la isla Española.

Ovando partió al frente de esta grande expedicion, dejando á Cristóbal Colon paralizado de improviso en su noble carrera y con el sentimiento de ver que otro iba á arrebatarse el fruto de sus trabajos. La llegada del nuevo gobernador á la isla Española preservó á la colonia de su ruina total. Las locuras é injusticias de Bobadilla la habian puesto en situacion muy crítica: reinaba un desórden espantoso á consecuencia del sistema adoptado por aquel hombre, para conservar el poder que habia usurpado á costa de un delito. Ansioso de captarse el favor de la plebe, que era su principal apoyo, habia anulado los sábios reglamentos establecidos por Colon, autorizando así todos los ex-

cesos de la licencia, bajo el nombre de una libertad de que solo los españoles podían gozar.

Su predecesor había considerado como uno de sus principales deberes el proteger á los infelices indios contra el mal trato de los españoles; sus disposiciones paternales, sus ordenanzas dictadas por la humanidad, habían evitado la opresión que amenazaba á los indígenas; pero Bobadilla hizo tan poco caso de los indios, que gracias á él los españoles pudieron ser crueles impunemente. Hizo el censo de la población y distribuyó los habitantes en calidad de esclavos entre todos sus partidarios, cuya codicia pensaba satisfacer con este favor. Estos obligaron á los indios á trabajar en las minas, recurriendo al castigo para que se sujetasen á un trabajo penoso que escedía sus fuerzas, y del que algunos eran víctimas. Ovando llegó muy á tiempo antes que las minas se convirtiesen en sepulcro de la población indígena.

Lo primero que hizo el nuevo gobernador así que llegó á la isla Española, fué destituir á Bobadilla, enviarle juntamente con Roldán á España, para que diesen cuenta de su conducta. Después en virtud de las órdenes de Fernando, abolió la esclavitud y proclamó la libertad de los indios, que tuvieron por fin garantías contra la violencia. La excesiva codicia de los españoles fué reprimida con otras leyes, y el nuevo gobernador, al permitirles la explotación de las minas, les impuso la condición de que habían de reservar una parte del beneficio para el rey, como soberano de la isla.

En cuanto á Colón, preciso es figurarse á este grande hombre abatido con tantas pesadumbres; mas siempre con la esperanza de que á fuerza de reclamaciones, haría que aquella corte ingrata se arrepintiese de su conducta desleal. Con la fuerza que le daba su derecho, fundado en solemnes convenios, no pedía gracia, sino justicia. Manifiesta sin cesar, ostenta el contrato autorizado con la firma del rey, aquel contrato en virtud del cual debe ser virrey de las tierras que descubra; pero sus enemigos responden á sus quejas y á la ostentación de sus derechos y sus títulos con el ultraje de un desdeñoso silencio.

Colón no quería condenarse á un solitario retiro, donde no presenciase el triunfo de la envidia y de la bajeza. Meditando la ejecución de nuevos proyectos, la muerte le parecía preferible al reposo. Tal vez se le ocurrió por algunos momentos el ofrecer sus servicios á otro soberano; pero las otras cortes ¿valían más que la de España? Bien sabía él por experiencia cómo responder á esta pregunta.

En su último viaje, se creyó á lo primero que la costa que había descubierto era una parte de la India, que suponía llegaba hasta allí; pero desengañado de su error por diversas circunstancias y sobre todo por sus propias observaciones, estaba ya casi convencido de que aquella costa pertenecía á un nuevo continente. Esta opinión le hacía presumir que entre este continente y la India pudiera haber un estenso mar, y que si hacía el istmo de Darién,